

de Estado, el príncipe Adán Czartoryski, para tratar de más cerca con la corte de Berlín.

Iba con Alejandro el príncipe Dolgorouki, novicio en la carrera de las armas, hombre lleno de vanidad y de ambición, enemigo del círculo de jóvenes de saber que gobernaban el imperio, jóvenes que él se proponía desacreditar denunciándolos al emperador como traidores á la Rusia, y muy dispuestos en favor de la Polonia. En la veleidad de Alejandro posible era el triunfo de Dolgorouki, aunque era una impostura el suponer que el príncipe Adán, el hombre más honrado del mundo, fuera capaz de vender á Alejandro. Adán odiaba á la Prusia, no hay duda; tenía por falaz, cuando no era sino débil, y como buen polaco lo que más deseaba era que si ese gabinete no entraba en las miras de la liga, se invadiese á mano armada su territorio, se destruyesen sus tropas, se le desposeyese de Varsovia y Posen, proclamando en seguida á Alejandro rey de la Polonia reconstituida. Semejante deseo era muy natural en un polaco, pero una grande ligereza en la mente de un hombre de Estado ruso. Para la derrota de la liga, con Napoleón había bastante: con que, ¿cuánto más cierta fuera esa derrota forzando á la Prusia á que se uniera con él?

Como quiera, semejante exigencia no se aunaba con un carácter tan irresoluto como el de Alejandro. Éste había despachado á su embajador Mr. d'Alopeus para Berlín, con encargo de exigir de la amistad de Federico Guillermo el paso de un ejército ruso por la Silesia, y de darle á entender además que se contaba con la cooperación de la Prusia para el cumplimiento de una obra tan meritoria como lo era la restauración europea. Iba también autorizado ese ministro para declarar al gabinete prusiano que ni un solo instante debía vacilar en sus determinaciones; que era imposible la neutralidad, y que si de buenas á buenas no otorgaba el paso á las armas rusas, con la fuerza se le abrirían ellas. Había de apoyar esas pretensiones el edecán de Alejandro, el príncipe Dolgorouki, diciendo sin rodeos á la corte de Berlín que era cosa ya resuelta el hacer armas contra la Prusia, dado que ésta se obstinase en resistir á la halagüeña expresión de la amistad; y aún se llevaron las cosas en Pulawi hasta el punto de extender el manifiesto con que debían anunciarse las hostilidades.

Mientras que los agentes rusos hacían las más vivas instancias por conseguir sus pretensiones en la corte de Prusia, otras muy distintas eran las que con ella estaban tratando los señores Duroc y Laforest en nombre de Napoleón. Sin duda se tiene presente que Duroc, gran mariscal de palacio, partió del campo de Boloña para Berlín encargado de ofrecer el Hannover á este gabinete en cambio de su alianza con la Francia.

A semejante ofrecimiento rendida quedó la probidad del joven rey, y también fué muy del gusto de Mr. de Hardenberg, hombre que distinguía entonces la Europa con el epíteto de *el ministro candoroso*; pero vió en este negocio una sola dificultad, la de dar con un expediente tal, que pudiese mantener ileso en toda la Europa el honor de su amo. Dos meses se gastaron (julio y agosto) en busca de ese expediente, dando al cabo con uno que no carecía de destreza, y el mismo que la liga había imaginado para comenzar la guerra contra

Napoleón, esto es, la interposición de un mediador armado. Por amor de la paz, siendo ella, como se decía, una de las necesidades de todas las potencias, debía el rey de Prusia declarar las condiciones bajo las cuales le pareciese suficientemente garantido el equilibrio europeo, comunicando esas condiciones á todas las cortes con el aditamento de que su voluntad era el pronunciarse en favor de los gobiernos que se adhirieran á ellas, y marchar contra los que se negasen á admitirlas; cosa que valía tanto como decir, voy á pelear en favor de la Francia á trueque de ganarme el Hannover. En efecto, su manifiesto apenas había de comprender más condiciones que las dictadas por Napoleón; por ejemplo, la erección del reino de Italia con separación de las dos coronas, desde el ajuste de la paz general; la incorporación del Piamonte y de Génova al imperio; Parma y Plasencia puestas al libre arbitrio de la Francia; la independencia de la Suiza y de la Holanda; en fin, la evacuación de Tarento y del Hannover una vez firmada la paz. La cuestión estaba en el cómo se había de entender la independencia de la Suiza y de la Holanda. Napoleón, aunque sin idea determinada por entonces respecto á esos dos pueblos, no quería sin embargo reconocer su independencia tan lata que al fin pudiera dar ocasión á los enemigos de la Francia para atizar y cumplir allí una contrarrevolución. Tropicazo fué este que entretuvo las negociaciones hasta fin de septiembre; y si bien ya el joven rey de Prusia estaba para ceder á la fuerza con que se le apuraba, como el movimiento de las armas rusas, austríacas y francesas vino á ponerle de manifiesto lo inevitable de la guerra, todas sus disposiciones cambiaron de faz. Sobrecogido de espanto ante una tan tremenda tempestad, ya no pensó sino en recoger velas, y ni quiso volver á hablar de mediación armada, ni de la adquisición del Hannover en pago de aquella mediación, antes volvió á su sistema ordinario de neutralidad del Norte de la Alemania. Entonces fué cuando Duroc y de Laforest, en desempeño de las instrucciones que de Napoleón tenían, salieron ofreciendo al rey lo que su mismo gobierno había solicitado repetidas veces, esto es, la ocupación del Hannover por la Prusia á título de depósito, y con condición de que esa potencia le había de restituir á la Francia en tiempo oportuno; pero aunque tanto lisonjeara á Federico Guillermo así la adquisición de tan precioso depósito, como el verle libre de las armas francesas, nada quiso admitir, previendo que le sería menester oponerse á la expedición del Norte. Empero no escaseó las palabras para declararse adicto á Napoleón, á su dinastía y á su gobierno, añadiendo que si no se rendía á sus deseos, sólo era porque se reconocía sin fuerzas para resistir á la Rusia por la parte de la Polonia. Contestáronle á eso Duroc y de Laforest con la promesa de un ejército de ochenta mil franceses que al instante vendrían á unirse con los prusianos; pero era al fin esa promesa la guerra presentada bajo una nueva forma, y por consiguiente no la atendió Federico Guillermo. En esto se estaba cuando entraron en Berlín Mr. d'Alopeus y el príncipe Dolgorouki, con encargo de demandar á la Prusia que se pronunciase por la liga. A semejante exigencia, tan grave y terrible ya para el rey como las mismas pretensiones de los plenipotenciarios franceses, vino á responder aquél con los pro-

pios términos de que había usado para no comprometerse con la Francia, esto es, que se sentía muy inclinado en favor de su joven amigo desde que tuvo el gusto de conocerle en Memel; pero que fuera atraerse sobre sí toda la ira de Napoleón, y no podía exponer sus vasallos á tantas y tan grandes calamidades, á menos de no querer la ruina de todos ellos. No con eso se dieron por vencidos los agentes rusos, antes replicaron al rey diciéndole que el cuerpo de tropas formado entre Varsovia y Cracovia no estaba allí sino con el fin de defenderle, caso que tenía previsto la amistad de Alejandro; que los setenta mil rusos de que ese cuerpo se componía iban á atravesar la Silesia y la Sajonia hasta caer sobre el Rhin para recibir el primer choque de las armas francesas; razones que como nada influyeran en el ánimo de Federico Guillermo, llevaron á los agentes rusos hasta el punto de declarar que la resistencia era ya tardía, porque contándose de antemano con su asentimiento, se habían pasado órdenes á las tropas rusas para que invadiesen el territorio prusiano. Indignado se mostró Federico ante esa especie de violencia, hija sin duda de la equivocada opinión que de su carácter se tenía. No era ciertamente hombre de resolución, dando por lo mismo motivo á que se le tuviera en muchas ocasiones por débil ó por solapado; pero ninguno tan pertinaz, ninguno tan irascible cuando se le acosaba demasiado. Así, en medio de su indignación convocó un Consejo mandando que asistiera á él el anciano duque de Brunswick y el mariscal de Mollendorf, y decidióse, no obstante su parsimonia, que se pusiera en pie de guerra el ejército prusiano, debiendo componerse de ochenta mil hombres que habían de costarle diez y seis millones de escudos de Prusia (setenta y cuatro millones de francos), y salir parte de las rentas del Estado, parte del tesoro del gran Federico, consumido en el reinado precedente, y vuelto á reponer en el actual á fuerza de economías. Con esas medidas presumió oponerse á los ataques con que unos y otros le amenazaban. Grande fué el pánico de Mr. d'Alopeus ante preparativos de tal naturaleza, y escribió á Pulawi con toda diligencia diciendo á su emperador cuánto importaban los miramientos con el rey de Prusia, si no quería que se le echaran encima todas las fuerzas de la monarquía prusiana.

En cuanto ese despacho entró en Pulawi dió al traste con la resolución de Alejandro, casi rendido ya á la insistencia del príncipe Adán Czartoryski, empeñado en que sin esperar el consentimiento de la Prusia, ni darle tampoco tiempo para organizar su defensa, se invadiese su suelo. El sistema de Adán era que si la Prusia resistía el paso á mano armada no había más que aclamar á Alejandro rey de Polonia, comenzando la organización de este reino á espaldas de las bayonetas rusas; y que si por el contrario la Prusia viniera á resignarse, llenos quedaban entonces los deseos de la liga, reducidos á la conquista de otro aliado mas; pero como los pliegos de Mr. d'Alopeus llegaron señalando el verdadero estado de las cosas en Prusia, Alejandro resistió á los consejos de su joven ministro, y volvió á despachar para Berlín á su edecán Dolgorouki con la recomendación de que asegurase á su real amigo que nunca había sido su ánimo el contrariar su voluntad, antes bien apeteciendo respetarla acababa de expedir las órdenes oportunas para que sus tropas se detuviesen á la

frontera prusiana, y que deseaba le procurase una entrevista, porque negocios de tanta importancia no debían tratarse por segundas personas. No era del gusto de Federico Guillermo semejante entrevista, porque tanto temía él las lisonjas de Alejandro como á sus mismas bayonetas; mas la corte se sentía inclinada á la liga y á la guerra; la reina, cuyas opiniones cuadraban perfectamente con las del joven emperador, trataba de persuadirle que no debía negarse á semejante demanda, y por tanto se quedó en que en los primeros días del mes de octubre habían de verse esas dos testas coronadas. Eso no obstaba para que á los señores Duroc y de Laforest se les siguiese entretanto asegurando que se guardaba la más perfecta neutralidad.

En negociaciones pasó la Rusia todo el mes de septiembre, tiempo tan precioso y del cual usó el Austria con mucho más acierto, pues que mientras encomendaba á Mr. de Cobenzel que incesantemente repitiese en París que su único y constante deseo era obtener garantías para el estado futuro de la Italia por la vía diplomática, con maravillosa actividad iba dando el correspondiente destino á los subsidios de la Inglaterra. Cien mil hombres tenía ya puestos en Italia bajo las órdenes del archiduque Carlos, porque le importaba poner en aquel punto sus mayores fuerzas y su mejor capitán, para ver de recobrar las provincias cuya pérdida le era tan sensible. Guardaba el Tirol con veinticinco mil hombres, á cuyo frente se encontraba el archiduque Juan, el mismo que mandaba en Hohenlinden. Otros ochenta ó noventa mil hombres debían invadir la Baviera, encaminándose á Suabia hasta ocupar la famosa posición de Ulm, en donde dió tanto que hacer al general Moreau, en 1800, Mr. de Kray; y allí mismo había de concurrir igualmente el general Kutusof con cincuenta ó sesenta mil rusos (1), componiendo con eso una suma de ciento cuarenta mil combatientes, con los cuales se esperaba dar bastante que hacer á los franceses entreteniéndolos hasta la llegada de las demás fuerzas rusas, pudiendo cumplirse entretanto la reconquista de la Italia por el archiduque Carlos, y algún hecho de armas ventajoso por parte de las tropas enviadas al Hannover y á Nápoles. El famoso general Mack había sido el autor de todos los planes de campaña contra la Francia, y el que, con admirable actividad y prueba de alguna inteligencia en las reglas del arte de la guerra, acababa de poner en pie de guerra el ejército austriaco, siendo en seguida llamado al mando de las tropas de Suabia con el archiduque Fernando.

Como entre el lago de Constanza y el alto Danubio había varios pueblos del dominio del Austria, en ellos se establecieron los almacenes bien provistos de municiones, y defendidos con algunas trincheras, sobre todo en Meningen, situado sobre el Iller, siendo el flanco izquierdo de la posición, y el Ulm el derecho, ya que aquí no fuera posible tomar las mismas precauciones por corresponder á la Baviera.

Eso es lo que quedaba hecho á fines del mes de agosto, sólo que el Austria incurrió esta vez en un grave desacierto por ir más de prisa de lo que tenía de costumbre. Imposible era ocupar Ulm sin penetrar

(1) Sesenta mil son los que le supone Thiers afirmativamente algunas páginas más atrás. (N. del T.)

en el territorio bávaro. La Baviera tenía veinticinco mil soldados, almacenes bien surtidos, la línea del Inn, motivos todos ellos harto fundados para apresurarse á recoger cuanto antes esa tan rica alhaja, obrando con ella como la Rusia quería obrar con la Prusia, es decir, arrastrándola á favor de una sorpresa. Sí que era fácil, no hay duda; pero si la empresa fallaba, las consecuencias debían ser desastrosas.

En cuanto el general Mack se puso sobre las márgenes del Rin, fué despachado el príncipe Schwartzemberg á Munich para ver de traer el elector á las miras del emperador de Alemania, debiendo declararse por la liga; unir sus fuerzas á las del Austria consintiendo en que fuesen incorporadas en las filas del ejército imperial, pero dispersos sus regimientos entre las divisiones austriacas; abandonar á la liga sus Estados y sus almacenes; en una palabra, formar causa común con esta nueva cruzada contra el enemigo de la Alemania y de la Europa. El príncipe de Schwartzemberg iba autorizado para ofrecer en último extremo á la Baviera una magnífica ampliación de sus Estados, ya por la parte de Salzburgo, ya por la del Tirol, con tal que reconquistada la Italia se pudiese reponer á los colaterales de la casa imperial en los principados de que habían sido despoñados.

Hallábase entonces el elector en situación idéntica á la de la Prusia, pues que mientras el príncipe de Schwartzemberg iba á Munich para el desempeño de su misión, en esa misma capital se encontraba ya monsieur Otto, ministro de la Francia cerca del elector, que con tanta habilidad había negociado la paz de Londres en 1801. Mr. Otto observaba en Munich una conducta semejante á la de un palaciego que la corte tiene olvidado; pero se procuraba sus entrevistas secretas con el elector, á quien no cesaba de decir siempre que la existencia de la Baviera á la protección de Napoleón se debía. No hay duda de que sin el apoyo de la Francia ni en ésta ni en otras ocasiones hubiera podido ese Estado salvarse de la codicia austriaca, y aun á la intervención francesa debió la parte tan regular que de los despojos germánicos vino á obtener en 1803. De todas esas consideraciones se servía Mr. Otto para vencer la indecisión del elector, hasta que por fin le trajo á firmar un tratado de alianza (en 24 de agosto) con la formal promesa de un secreto inviolable. A pocos días después entró en Munich (7 de septiembre) el príncipe de Schwartzemberg. Era el elector de un carácter débil, y más sobre todo mediando su esposa, una de esas tres hermosas princesas sentadas ya en los tronos de Rusia, de Suecia y de Baviera, y que alimentaban todas tres contra Francia una aversión señalada, siendo la de aquel último Estado la más traviesa de ellas. Ruegos, lágrimas, descontento, todo lo puso en juego para hacer ver á su esposo lo mucho que le desagradaba el verle comprometido por la causa de Napoleón, haciendo con eso al elector mil veces más infeliz de lo que hubieran podido hacerle sus propios cuidados. Tal era el estado de las cosas á la llegada del príncipe de Schwartzemberg, quien para vencer al elector y arrancarle la promesa de ponerse á discreción del Austria, no tuvo otra cosa que hacer sino decir al elector que á dos marchas de distancia dejaba ya las armas austriacas, y enseñarle al propio tiempo las lágrimas de

la electora. Con todo, pronto presintió este príncipe los resultados de su tan repentina inconsecuencia, y si bien llegó á temer al general Mack, tan inmediato ya á su palacio, no menos temible se le representó Napoleón aunque tan distante se hallara, estimando por lo mismo lo indispensable de una comunicación á monsieur Otto disculpando su proceder con lo grave y apurado de su desgraciada posición, y solicitando la indulgencia de la Francia; pero Otto no se anduvo en contestaciones, sino que pasó inmediatamente á verse con el elector en persona, representándole los riesgos á que su deserción le arrastraba, y haciéndole entender que en breve se vería á Napoleón triunfante en Munich, y firmando la paz con el sacrificio de la Baviera para el Austria. No escaseaban las apariencias en abono de esos supuestos. La pretensión de dislocar y embeber los batallones del elector entre los cuerpos austriacos, había indignado á los jefes bávaros. Con haber pasado el Inn las armas del Austria, sin esperar el consentimiento de la corte de Munich, también se había exasperado la opinión pública que clamaba contra semejante violación del territorio, diciendo despechada que si Napoleón era ambicioso, no lo parecía menos Mr. Pitt, que éste había comprado el gabinete de Viena, y que merced al oro inglés, de nuevo iba á verse la Alemania baqueteada por todas las tropas del continente europeo. A más de todas esas circunstancias tan favorables para Mr. Otto, todavía es de señalar la de un ministro hábil entre los del elector, Mr. de Montgelas, sujeto cuya desmesurada ambición por el engrandecimiento de su patria, á nada menos aspiraba que á verla en el siglo XIX con tantas adquisiciones como las que en el siglo XVIII había logrado la Prusia, y que estudiando incesantemente los gabinetes de Viena y de París para ver en cuál de ellos podían apoyarse con mayor fundamento sus esperanzas, vino por fin á ponerlas en la potencia más novadora, es decir, en la Francia. Optó, pues, por el tratado de alianza firmado con el agente de Napoleón, aunque bajo el imperio de sus ambiciosas miras á pique estuvo de rendirse á los ofrecimientos del príncipe de Schwartzemberg, como su amo se le había rendido por debilidad. Como quiera, los consejos de ese ministro, las instancias de Mr. Otto, la disposición de la opinión pública y el descontento del ejército bávaro triunfaron por último trayendo el elector al partido de la Francia. Era tal la perturbación del ánimo de ese príncipe, que sin réplica salió ya desde entonces rindiéndose á cuanto de él se exigía. Propusieronle que fuese á refugiarse con sus tropas en Wurtzburgo, obispado que la Baviera había secularizado en 1803, y aceptó la proposición, no sin decir al príncipe de Schwartzemberg, para dar largas, que despachaba para Viena un general bávaro (el señor Nogarola) partidario declarado del Austria, y encargado de tratar directamente con ella. Dado ya ese paso, el elector y su corte se ausentaron de Munich en la noche del 8 al 9 de septiembre con dirección á Ratisbona, y desde ese punto á Wurtzburgo donde entraron el 12; y aquí habían de acudir igualmente las tropas bávaras reunidas en Amberg y en Ulm, que esa orden se les había comunicado desde Munich, en cuya capital se publicó un manifiesto del elector denunciando á la Baviera y la Alemania la violencia que con él se acababa de cometer.

He ahí á Mr. de Schwartzemberg y al general Mack cubiertos de ridículo y con la indignación general encima, justamente cuando, con haber pasado el Inn, más y mejor contaban en señorearse del elector, de su corte y de sus bayonetas. A marchas forzadas se echaron ellos contra los bávaros, pero no pudieron darles pique, y no otra cosa lograron sino atraerse sobre sí la irritación de todo el país, irritación que acabó de remover toda la Baviera, merced á una particularidad digna de nota. Presentáronse los austriacos todos ellos bien provistos de una especie de papel-moneda sin curso en Viena á menos de consentir en un descuento muy considerable, y obligaban á los habitantes á que admitiesen como dinero contante ese papel sin crédito, grave perjuicio pecuniario que unido á la predisposición de un pueblo ofendido, no podía dejar de exaltar los ánimos.

Tras esa triste expedición, cuya responsabilidad más es de aplicar al enviado austriaco que no al general Mack, éste se dirigió sobre el alto Danubio, y vino á ocupar las posiciones que ya muy de antemano se le tenían señaladas, á saber, Ulm á la derecha, Meningen á la izquierda, quedando el frente cubierto con el Iller que corre por Meningen hasta Ulm vertiendo su caudal en el Danubio. En sentir del estado mayor austriaco, ninguna otra posición tan aventajada como lo era Ulm para contener á cuantos franceses desembocaran por la Selva-Negra. Una de las alas del ejército se apoyaba en el Tirol, la otra en el Danubio; luego por ninguno de esos dos lados había nada que temer, y mucho menos por la espalda, porque era imposible que los franceses pudiesen concurrir al teatro de la guerra por otra vía que la ordinaria. Mack se había traído á sus reales al general Jellachik con la división del Voralberg, de suerte que tenía bajo sus órdenes inmediatas sesenta y cinco mil bayonetas, y á retaguardia otras veinte mil á las órdenes del general Kienmayer para ponerse en comunicación con los rusos. Ahí está un total de ochenta y cinco mil combatientes.

Se hallaba, pues, el general Mack allí donde Napoleón le había supuesto y donde había deseado verle, esto es, sobre el alto Danubio, apartado de los rusos nada menos que lo que de Ulm dista Viena. El elector de Baviera y su inconsolable corte estaban en Wurtzburgo, teniendo con ellos un ejército irritado contra los austriacos, y esperando con ansia la pronta llegada de los franceses.

Para que sea completa la idea de la situación de la Europa durante esta tan terrible crisis, nada resta ya sino dirigir una rápida mirada á los acontecimientos del Mediodía de la Italia. Los principales consejeros de la liga, viendo que la corte de Nápoles estaba bajo la inmediata vigilancia de los veinte mil franceses que el general Saint-Cyr mandaba, y queriendo apartarla de un compromiso inmediato, fueron sugiriéndola una verdadera traición, sacrificio en verdad de poca monta para una corte obcecada y desmoralizada por el odio.

Aconsejósele que firmase con la Francia un tratado de neutralidad á cuenta de que se retirasen de Tarento las tropas francesas, y que una vez evacuado ese país se declarase sin temor y abiertamente por la liga, abriendo sus puertas á los rusos y á los ingleses. Hallábase entonces en Nápoles el general ruso Lascy, hombre tan sagaz como cauto, y éste era el encargado de conducir

secretamente y á buen puerto semejante trama, llamando á las armas de la liga en cuanto viera la oportunidad, que con ese objeto se tenían en Corfú doce mil rusos á más de la reserva de Odessa; seis mil ingleses en Malta, contando también con treinta y seis mil napolitanos algo mejor organizados de lo que solían estarlo, y por último con un levantamiento general de los bandidos (1) de la Calabria.

El día antes á aquel en que Napoleón salió de París se le dió cuenta de la pretensión de Nápoles proponiendo un tratado de neutralidad, tratado que el emperador encontró admisible, no suponiendo que una corte tan impotente como aquella había de ir á exponerse á las resultas que tras sí arrastra la traición; y cierto además de que la terrible lección que él había dado á Venecia en 1797, habría curado á los gobiernos italianos de su inclinación al engaño. En un tratado de alianza que ponía á los rusos y á los ingleses fuera del Mediodía de la Italia, veía él la ventaja de poder dar veinte mil hombres más á Massena, si acaso con los cincuenta mil de que ese jefe aún disponía, no pudiera defender el Adige.

Aceptó por consiguiente la propuesta y se firmó el tratado en París el 21 de septiembre, consintiendo en retirar sus tropas de Tarento con la expresa condición, puesta por el gabinete de Nápoles, de que no se consentiría que los rusos ni los ingleses desembarcaran en ninguno de sus puertos. Fué consecuencia de ese pacto una orden al general Saint-Cyr mandándole que se pudiese en marcha para Lombardía, con lo cual la reina Carolina y su débil esposo pudieron á sus anchas preparar lo necesario á un alzamiento repentino casi en presencia de los mismos franceses.

Tal era la situación de las potencias aliadas entre los días 20 y 25 de septiembre. Los rusos y los suecos destinados á acometer al imperio por la parte Norte, reuniéndose ya en Stralsund para combinarse con un desembarco de ingleses en la embocadura del Elba. Un ejército ruso organizándose en Wilna bajo las órdenes del general Michelson; el emperador Alejandro con su guardia y el ejército de Buxhoevden, en Pulawi sobre el Vístula, solicitando una entrevista con el rey de Prusia. Otro ejército ruso, á cuyo frente iba el general Kutusof, penetrando en Moravia por la Galitzia, con orden de unirse á los austriacos, dando ya vista á Viena, y dispuesto para subir el Danubio agua arriba. El general Mack cien leguas más adelante, es decir, en Ulm con ochenta y cinco mil soldados, esperando á los franceses al desemboque de la Selva-Negra. El archiduque Carlos sobre el Adige con cien mil hombres. La corte de Nápoles meditando una sorpresa con auxilio de rusos y de ingleses.

Ya se dijo que Napoleón había entrado en Strasburgo el 26 de septiembre; sus columnas habían ejecutado

(1) *Brigands* dice Thiers con la mejor intención del mundo, aunque todavía no alcanzo yo la causa que pudo haber para aplicar ese *honroso* epíteto á las guerrillas italianas y á las guerrillas españolas alzadas contra Napoleón durante su imperio. ¿No hubo contra él rusos, austriacos, ingleses, prusianos y otros pueblos? ¿Se les negaría á todos esos pueblos el título de *brigands* porque no supieron resistir á la ambición con empeño tan resuelto como los *bandoleros* peninsulares? Disimulable pudo ser en sus días el sonido de esa voz, saliendo de la boca de un capitán de dragones *zurrado* por Mina ú otros así; pero pronunciado por un Thiers cuarenta años después, no deja de ser un insulto. (N. del T.)